ción» de inversiones. Y esta errónea visión, que nadie ha hecho destacar, que sepamos, es funesta para el normal funcionamiento del sistema capitalista. Cuando una ola de grandes inversiones toca a su fin, deben cesar y cesan los beneficios acumulables, porque sin inversiones no hay ni puede haber ahorro o acumulación, y si unos acumulan es a expensas de otros que desacumulan. Y cuando las inversiones cesan, es inútil que los empresarios se esfuercen en mantener sus beneficios acumulables, que ya no son posibles. Pretenderlo, y *no facilitar el paso de ahorro a gasto, es lo que provoca la crisis.* Y las crisis son tanto más intensas cuanto más fuerte ha sido la intensidad precedente de las inversiones, y como más acertadas o productivas han resultado éstas. Por ello, *un plan de desarrollo económico lleva en sí mismo el germen de su propio fracaso, al promover un gran volumen de inversiones susceptible de provocar la crisis.*

¿Debemos, por ello, renunciar a la puesta en marcha de planes de desarrollo económico? Si el exceso de beneficios del período de auge pudiese derivarse a expansión de la demanda de consumo en el subsiguiente período en que tiene lugar, o puede tener lugar, el acrecentamiento de la producción de consumo, la crisis podría evitarse y, con ello, el fracaso de los planes de desarrollo.

Por ejemplo: hemos dicho que sólo podían cercenarse los grandes beneficios del período de auge, «ahorrando» el Estado las recaudaciones de ellos derivadas o «bloqueando» en cuentas de ahorro los incrementos de salarios. Si en el segundo período, cuando aparecen los primeros síntomas de crisis, el Estado redujese sus impuestos indirectos o subvencionase ciertos consumos con los importes antes ahorrados, o desbloquease total o parcialmente las cuentas de ahorro congeladas, acrecentaría la capacidad de demanda, lo que contrarrestaría la tendencia a la crisis. Este método frenaría el desbordamiento de las inversiones durante el auge, y conseguiría la continuidad de los planes de desarrollo al evitar la crisis y el colapso de las inversiones. Es esta una sugerencia que creemos inédita: un método regulador del ciclo económico, tanto contra la inflación como contra la crisis.

Augusto Mercadé.

VIAJE A ALGUER

Hemos efectuado un modesto crucero por el Mediterráneo. Dos días en Alguer, tres en Génova y uno en Marsella. Y vamos a explicar con brevedad y con toda objetividad posible nuestra estancia en la ciudad catalana de la isla de Cerdeña.

Fuimos unos ciento cincuenta expedicionarios procedentes de nuestras comarcas, de Valencia, de Baleares y del Rosellón. El buque en que viajábamos fondeó el jueves día 25 de agosto a unos ochocientos metros del muelle de Alguer, que cuenta sólo con un pequeño puerto pesquero.

Docenas de embarcaciones a motor y a remo rodeaban nuestro buque. Todas engalanadas; con sus banderas al viento; con sus colores, que nos son tan conocidos. Y un grito unánime y entusiasta: *¡Benvinguts!*

En motoras pasamos del buque al muelle. Los mismos colores en todas las calles y en los viejos torreones de las fortificaciones que hicieron construir los reyes de Aragón. Millares de algueres nos esperaban. Estaban también las autoridades, que habían publicado bandos —en alguerés y en italiano— incitando al pueblo a que nos recibiera. ¡Amigos, hermanos! —decían los escritos oficiales, pegados en las paredes. Fiesta completa en Alguer.

Nos trasladamos todos a la Catedral, llevando la imagen de Nuestra Señora la Virgen de Montserrat, que fué entregada al Sr. Obispo. Nunca habíamos visto un templo tan abarrotado. Ni tan entusiasta. A la ofrenda de la sagrada imagen y al poético sermón de un admirado cura alguerés, seguían grandes ovaciones. En alguna ocasión el propio Sr. Obispo inició los aplausos.

Fuimos después al Ayuntamiento. Llevábamos comunicaciones y ofrendas —unas viejas piedras— de los Ayuntamientos de Barcelona y de Tarragona. Y un obsequio valioso del Archivo de la Corona de Aragón. Y un documento estableciendo con carácter permanente una beca anual para satisfacer la estancia de un alguerés en nuestras comarcas durante unas semanas. Discursos de unos y otros. Nuevo entusiasmo.

Por la tarde, fiesta folklórica sarda, canciones algueresas y una sardana en el campo de deportes. El viernes excursiones por los alrededores de Alguer, en cuyas playas se han construido varios hoteles de categoría internacional, ahora repletos de turistas. Y a la célebre Gruta de Neptuno, una de las maravillas del Mediterráneo. Por la tarde, el Esbart Verdaguer dió un brillante recital de danzas en un ámplio teatro.

La despedida..., pero digamos antes que lo más emotivo era lo de cada momento y de cualquier lugar. Una viejecita, un pescador, un niño, un hombre cualquiera, te paraba en la calle y quería comprobar la similitud de lenguaje, abrazándote cuando te oía pronunciar unas palabras que élla o él pronunciaba igual, con algunas variantes en varios casos.

La despedida —autoridades y multitud se trasladaron a nuestro buque— fué la de unos hermanos que se separan por un tiempo indeterminado. De unos hermanos entusiastas y efusivos que se habían reencontrado el día antes, después de una separación de varios siglos.

Los algueres y nosotros —dijimos en otra ocasión— estamos absolutamente de acuerdo en que nuestro reencuentro no tiene ni puede tener nunca consecuencia ni derivación alguna que no sea la puramente afectiva y cultural. Ellos son unos italianos de corazón que hablan catalán; nosotros unos españoles que lo hablamos también.

Y estos son los hechos, estimado lector, Quizá te hayamos defraudado con esta pequeña historia. no ajena a nuestros postulados fundamentales: buena economía, como camino para conquistar el bienestar, la cultura y la posible felicidad.

Por dos días, ¡sólo por dos días!, hemos sido felices en Alguer. Y lo serás tú el día que vayas.

F. R.

EL PADRE BERTRAN

EN EL CICLO CONMEMORATIVO MARAGALLIANO

Es lamentable que, entre nosotros, cuando se ha tratado de rendir homenaje a un poeta fallecido —el caso Verdaguer es harto reciente— se haya pospuesto, de una manera tan reiterada, la obra al autor; la exégesis responsable y constructiva, a la anécdota sin ninguna garantía de autenticidad; la admiración que suscitaría el hecho verídico, a la suposición atrevida que busca, por encima de todo, la singularidad del biógrafo, del comentarista o del conferenciante. Se sintetiza, se reduce al mínimo la obra —o no se habla de ella en absoluto— y, en cambio, a copia de querer humanizar al personaje, se derriba el monumento cordial y perenne que el pueblo le había levantado.